



ROMANCE TRAGICO

# DE DON JUAN ROSIQUE,

NATURAL DE LA CIUDAD DE TOLEDO.

*Refiérese como cautivándole los moros, renegó de nuestra Ley, cautivando él despues á su esposa é hijo; hasta que reconociendo su error, por intercesion de San Antonio de Padua, regresaron todos juntos á su patria: con lo demas que verá el lector.*

Dulce Jesus de mi vida,  
Rey de los cielos y tierra,  
en cuya mano divina  
el universo se encierra,  
dame tu gracia, Señor,  
para que referir pueda  
con acierto á mi auditorio  
los milagros y grandezas  
de San Antonio de Padua,  
gloria del cielo y la tierra:  
y así todos los devotos  
de esta luz brillante, vengan  
á oír contar esta historia  
tan curiosa y verdadera.  
En el año que contamos

mil setecientos cincuenta,  
de la ciudad de Toledo,  
que es de su reino cabeza,  
por orden del gran Fernando,  
que nuestra España gobierna,  
se partió Don Juan Rosique  
con su esposa amada y bella,  
y un hijo suyo mancebo,  
que á quince años no llega,  
siendo el viaje y destino  
á la ciudad de Valencia.  
Al cabo de treinta dias  
que allí estaban, le presentan  
otra orden del Monarca,  
que á Cádiz diera la vuelta,

y á Cartagena de Indias  
por Gobernador partiera.  
En el Grao se embarcaron  
en una nave francesa,  
y con buen tiempo llegaron  
á Cádiz, donde se apresta  
para Indias, y embarcóse  
Don Juan, quedándose en tierra  
Doña Josefa, y su hijo,  
hasta que les escribiera.  
Un Domingo de mañana  
dieron al viento las velas,  
y el miércoles inmediato  
una galeota encuentran  
y tres fragatas de moros,  
junto con dos caravelas,  
y cercando el bergantin,  
le pretendian por presa;  
disparan los artilleros  
diestramente y con certeza,  
pero abordaron los moros  
confiados en sus fuerzas;  
animosos los cristianos  
valientemente pelean.  
causa que la mayor parte  
de la gente feneciera.  
Don Juan ya desesperado  
en una fragata se entra,  
y con su espada animoso  
cortaba brazos y piernas,  
hiriendo y matando turcos;  
y el Arraez se le acerca,  
diciendo: cristiano, amaina,  
no fies tanto en tus fuerzas,  
pues no puedes ya escaparte;  
te juro por mi Profeta,  
de que he de tenerte en casa  
para mi guarda y defensa.  
Don Juan respondió: señor,  
ya estoy puesto á tu obediencia.  
Llevaron á Argel la nave,  
y contento con su presa  
Mostafá se fue á su casa,  
y á su muger le presenta  
el cautivo, y le decia:  
como á mi persona mesma  
has de tratar á este esclavo,  
que es hombre de grandes prendas.

Hízole su mayordomo,  
y la mora con finezas  
agasajaba á Don Juan,  
con cariños y ternezas,  
y llegó hasta persuadirle  
consintiese en sus torpezas;  
y él por ser leal al turco,  
como no correspondiera,  
ella mas perdida entonces,  
porque Don Juan la quisiera,  
le dió muerte á su marido  
desesperada y resuelta.  
Pasados algunos dias,  
un sábado por la siesta  
salió Don Juan al jardin,  
y sentado entre unas yedras,  
Zayda que le iba siguiendo,  
al instante se le acerca,  
diciendo: mira cristiano,  
lo que el amor atropella;  
por tí he muerto á mi marido,  
con que así, Don Juan, reniega,  
y los dos nos casaremos,  
gozarás toda mi hacienda,  
vivirás muy aplaudido  
de todos en esta tierra,  
y saldrás con tus fragatas  
á corso siempre que quieras.  
era la turca agraciada,  
discreta y de mucha hacienda;  
con que Don Juan olvidando  
los preceptos de la Iglesia,  
condescendiendo á su gusto,  
siguiendo la infame secta,  
tomó el nombre de Audalá,  
y así se casó con ella.  
Dejándole con sus glorias,  
vamos á Doña Josefa,  
que pasado mucho tiempo,  
como razon no tuviera  
de su esposo, en una nave  
que á Indias daba la vuelta,  
se embarcó, y á pocos dias  
cuatro fragatas encuentran  
de moros, que el renegado  
su marido las gobierna.  
Pelearon los cristianos  
mas de dos horas y media,

donde el hijo de Don Juan  
dió de su esfuerzo tal muestra,  
que dando muerte á diez turcos  
con su cuchilla sangrienta,  
al Capitan le alcanzó  
una herida en la cabeza,  
ignorando ser su padre,  
como en tal traje estuviera,  
y á no acudir muchos moros,  
á sus manos feneciéra.  
Don Diego y toda su gente  
fue preciso se rindieran,  
porque eran los turcos muchos;  
y el renegado se lleva  
á su muger; y á su hijo  
le dijo de esta manera:  
aquí pagarás, cristiano,  
tu atrevimiento y soberbia;  
y á esta que le llamas madre,  
en una mazmorra horrenda  
la he de poner, porque acabe  
su vida en grande miseria:  
ató á su hijo á una noria,  
como si fuera una bestia,  
haciéndole sacar agua  
para regar una huerta;  
y á la afligida señora  
en una mazmorra encierra,  
sin llegar á conocer,  
por divina Providencia,  
ni á su muger ni á su hijo,  
y en esta triste miseria  
un mes les hizo pasar  
hambre, trabajos y penas.  
A trece del mes de Junio,  
en que la Iglesia celebra  
de San Antonio de Padua  
con solemnidad la fiesta,  
en la noche de rodillas  
postrada Doña Josefa,  
sacó del pecho una estampa,  
y dijo de esta manera:  
Padre mio San Antonio,  
esta desvalida llega  
á pedirnos la librea  
de aquesta gente perversa.  
Rogadle al dulce Jesus  
que me ampare y me defienda;

y quedándose dormida,  
oyó una voz, que serena  
le dijo: devota mia,  
Antonio está en tu defensa.  
Vamos á que el renegado,  
durmiendo con su manceba,  
vió un Frayle de San Francisco  
entre sueños, que se llega,  
diciéndole así: Don Juan,  
ya la Magestad suprema  
de Dios Todopoderoso  
me envia, para que vengas  
á los infiernos á ver  
la habitacion que te espera;  
y llevóselo al instante  
á las oscuras cabernas.  
Vió una cama muy colgada  
de zapos y de culebras,  
toda llena de asadores  
ardiendo en vivas pavesas,  
y le dijo: aquesta cama  
para tí la tienes hecha,  
si no te vuelves á Dios,  
dejando esa infame secta;  
y advierte que esa señora,  
que en la mazmorra está puesta,  
es tu muger, y tu hijo  
es el que en lugar de bestia  
tienes atado en la noria;  
y para que no se pierda  
tu alma, vine á traerte  
donde el desengaño veas,  
y mira que soy Antonio,  
trata luego de la enmienda.  
Volvióle pues á su cama,  
desapareció, y despierta  
el renegado temblando,  
lleno de espanto y de pena,  
y vistiéndose al instante,  
sin que la turca lo sienta,  
fue derecho á la mazmorra,  
abrióla, y entrando en ella,  
dijo á su esposa: cristiana,  
por Dios y su Madre bella  
te suplico que me digas  
tu propio nombre y tu tierra.  
Respondióle muy humilde:  
Toledo es mi patria mesma,

ciudad ilustre en España,  
mi nombre es Doña Josefa  
Beltran, por mi señor padre,  
y por mi madre Ribera:  
casé con un caballero  
de muy grande descendencia,  
llamado Don Juan Rosique,  
que es causa de mi tristeza,  
pues ha mas de siete años  
que salimos de mi tierra,  
mi esposo, yo y este hijo  
que tienes puesto en cadenas;  
y despues de estar en Cádiz,  
mandó nuestro Rey que fuera  
por Gobernador á Indias  
mi esposo (qué grande pena!)  
y por no saber mas de él,  
embarcarnos nos fue fuerza,  
y pues tú nos cautivaste  
el cielo me dé paciencia.  
El renegado que escucha,  
cayó desmayado en tierra,  
y despues que volvió en sí,  
le pidió con todas veras  
perdon á su amada esposa,  
y su suceso le cuenta,  
quitándole las prisiones  
en la mazmorra la deja,  
encargándola el secreto,  
y á su aposento dió vuelta.  
Por la mañana á la turca,  
con palabras placenteras,  
dijo: sabrás bella Zayda,  
que he dispuesto una merienda  
en el nombre de Mahoma,  
para que tú te diviertas,  
y esto ha de ser en el mar  
en su costa en una cueva,  
y al cristiano y la cristiana  
tambien llevarlos quisiera,  
para ver si en fiesta tal  
volverlos moros pudiera.  
La turca le respondió  
muy alegre y muy risueña:  
pues prevendrás la fragata,  
y avisarás cuando quieras.  
Audalá mandó á los moros

la fragata compusieran:  
recogió el oro y la plata,  
diamantes, joyas y perlas,  
buscando treinta cristianos  
para que remando fueran,  
y hasta diez y siete moros  
en su compañía lleva.  
En aquella misma tarde  
se embarcan, saliendo afuera,  
y acercándose á la playa  
saltaron todos en tierra:  
todos juntos merendaron  
los manjares que alli llevan,  
dando à beber á los turcos  
hasta que turbados quedan.  
Asi que los vió tendidos,  
cortándoles las cabezas,  
se volvieron á embarcar,  
navegando á remo y vela.  
La turca dijo: Audalá,  
qué novedades son estas?  
Y Don Juan le respondió:  
que nos vamos á mi tierra,  
que soy cristiano y pretendo  
que mi alma no se pierda,  
y si quieres ser cristiana,  
aqui tienes tus riquezas.  
La turca, desesperada,  
sin aguardar mas respuesta,  
dando grandes alaridos,  
se araña y se desmelená,  
y furiosa al mar se arroja,  
donde sepultada queda.  
Prosiguieron su viaje  
Don Juan y Doña Josefa,  
y en pocos dias llegaron  
á las Islas de Cerdeña,  
y Don Juan se pasó á Roma,  
y á su Santidad le cuenta  
todo el caso referido,  
y la absolucion le echa;  
y con su esposa y su hijo  
se volvieron á su tierra,  
donde se hizo á San Antonio  
una muy solemne fiesta,  
viviendo de alli adelante  
con gran gusto y complacencia.

F I N.